

Se me frunció todo, ¡madre... qué temblor!

María Elisa Velázquez,* José Luis Martínez** y Miguel Ángel Domínguez***

Yo salí con mi prima Galilea; nos fuimos corriendo y, cuando yo la jalé, se cayó un cachito de barda de la escuela, y cuando nosotras estábamos temblando, busqué a mi mamá y empecé a llorar y a abrazarla porque, pues sí, me dio mucho miedo, pues pensé que se iba a acabar el mundo, que me iba a morir.

Testimonio respecto al sismo del 19 de septiembre de 2017

El 19 de septiembre, a 12 km al sureste de Axochiapan, Morelos, se registró un terremoto de 7.1 grados de magnitud que dejó al menos 42 muertos en esa entidad, según los diarios, aunque otros medios informaron de 54 fallecimientos y el gobernador afirmó que fueron más de 60.

Las noticias llegaban a la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) por varias vías; entre otras, a través de las brigadas de antropólogos que comenzaron a organizarse por iniciativa de la Dirección General y la Secretaría Técnica del INAH desde el sismo del 7 de septiembre. Además de los severos daños materiales de monumentos históricos, se reportaba que las familias no querían separarse de sus casas y los niños dormían al descampado, entre charcos que dejaban las fuertes lluvias que caían por la noche. No había qué comer, la ayuda se concentraba en las ciudades principales y a las comunidades más pequeñas no les llegaban víveres ni atención.

Habíamos hablado con varios antropólogos del INAH pidiendo su apoyo para acompañar a las brigadas de arquitectos y restauradores que evaluaban los daños materiales del patrimonio histórico. Nos parecía indispensable conocer y valorar lo que estaba pasando en las comunidades y tratar de ayudar, o por lo menos de colaborar en la gestión de necesidades. Algunos antropólogos no lo dudaron y respondieron de inmediato a nuestro llamado; otros dijeron que no era un buen momento y que era peligroso. Decidimos no quedarnos en la oficina e ir a campo para ver de cerca lo que estaba pasando. Nos trasladamos a Morelos y recorrimos Tlayacapan, Jonacatepec,

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH (elisa_velazquez@inah.gob.mx).

** Programa Afrodescendientes y Diversidad Cultural, INAH (fluxus2112@gmail.com).

*** Dirección de Lingüística, INAH (tallerdocumental.red@gmail.com).

Tepalcingo y Tepoztlán. Nos guiamos por la ruta de conventos agustinos, por la intensidad del daño y por los problemas que se habían suscitado a partir de la demolición de paredes de adobe y la formación, por ejemplo en Joncatepec, de brigadas de demolición, ya que, según autoridades municipales, el problema consistía en que el adobe no tenía resistencia y era frágil frente a terremotos, y que en lluvias y temporales las construcciones hechas con ese material podían caerse, juicio por demás equivocado.

Llegamos a Tlayacapan, uno de los pueblos que más daños había sufrido en sus monumentos históricos, como iglesias, capillas y la presidencia municipal, y también en la arquitectura vernácula. Desde la entrada a la población observamos que la gente se organizaba para limpiar, barrer y recoger escombros, pero también para solicitar ayuda. En el centro del pueblo se ubicaban grandes albergues y centros de acopio, y al parecer había mucha gente involucrada: instancias de gobierno, organizaciones sociales, iniciativa privada y los centros educativos. Todos hacían cuanto podían para ayudar a las personas que perdieron familiares, bienes y patrimonio. Nos dimos cuenta de que el daño era superior a lo que imaginábamos o nos habían contado. Torres de campanarios derrumbadas, cúpulas colapsadas, fachadas destruidas, bardas caídas, los santos de yeso quebrados y regados en mil pedazos por el suelo, la pintura mural hecha polvo. Nos encontramos con otras brigadas: una de estudiantes de arquitectura de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), otras de la Secretaría de Salud (SSa), de personas de la comunidad que atendían los albergues y los centros de acopio. El ejército y la policía federal también estaban ahí.

Escuchamos testimonios de personas desoladas que se hallaban en albergues y de otras que custodiaban sus casas. Cuando nos acercábamos y nos preguntaban de qué dependencia de gobierno veníamos, les explicábamos que del INAH. Muchas no sabían qué es el instituto y tampoco cuáles son sus funciones. Tenían ideas confusas: “El INAH nos prohibió poner cemento en la casa, por eso se cayó”, nos dijo una señora que argumentaba que su casa se había construido al mismo tiempo que el convento del siglo XVI. “¿Es patrimonio o no?”, preguntó. Le explicamos que el convento está catalogado y protegido por el gobierno federal a través de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH) del INAH, y la señora se quedó con miles de dudas.

Muchos testimonios revelan la organización de la sociedad y la casi inmediata respuesta al desastre. Una persona, también de Tlayacapan, nos dijo:

Hay mucha gente trabajando; los afectados han sido un verdadero ejemplo de organización, de ganas de levantarse y hacer las cosas. La gente te apoya sin más; te invita de comer; saca las tortas, el agua, lo que tengan para ayudar. Ahora lo que estamos tratando de hacer es concentrar el recurso humano y poder ayudar a las demás rancherías que dependen de Jojutla, Tlaquiltenango, Tlaltizapán y Axochiapan, donde fue el epicentro del temblor.

Hay daños severos en el ex convento de San Juan Bautista, símbolo de la misión agustina del siglo XVI. Construido en 1534, tiene una gran capilla abierta. El templo llama la atención por su tamaño



Centro de acopio, Tepalcingo, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

y la sobriedad de su fachada. En su interior, un espacio suntuoso de ornamentaciones platerescas y frescos en blanco y negro contaba historias mientras se recorrían sus arcadas y sus patios. Ahora no se puede entrar. También sufrieron daños la presidencia municipal y numerosas casas de arquitectura vernácula. En Tlayacapan se ha distribuido una gran cantidad de ropa, víveres y otros artículos del centro de acopio. Entre otros artículos, se observan montones de colchones que todavía no se distribuyen. Una señora, junto con sus dos hijos pequeños, de brazos, se acercó al lugar donde se repartía la ropa que había llegado de varias partes de la república. Le preguntamos si su vivienda había sufrido daños y nos respondió que vivía en una casa de cartones, los cuales sólo se movieron un poquito, y que los había vuelto a enderezar. El desastre se sumó a las carencias y la pobreza que enfrentan estas poblaciones desde hace siglos.

También encontramos desolación y recelo. Muchos pobladores nos dijeron que no confiaban en las autoridades locales y menos en las federales o estatales; se quejaban de la falta de orden y de apoyo para obtener información de lo que sucedería con sus viviendas; dijeron sentir que el gobierno tiene que ayudarlos, pero que no tiene capacidad ni voluntad. A la situación de emergencia y desastre se suma el contexto previo de pobreza y marginación, de falta de atención institucional y corrupción de muchas décadas, por no decir de siglos. Falta información explícita sobre qué instituciones están involucradas, sobre qué están haciendo el INAH y otros organismos gubernamentales para transparentar la gestión de ayuda. No obstante que era evidente la presencia de varias instituciones gubernamentales y de varios grupos de organizaciones civiles, la percepción de la gente giraba en el sentido de que faltaba ayuda.



Calle en Tepalcingo, Morelos. **Fotografía** © Miguel Ángel Izcoatl.

Dejamos Tlayacapan y llegamos al municipio de Tepalcingo, situado en la zona sureste del estado de Morelos y que limita al norte con Jonacatepec y al sur con el estado de Puebla. Este pueblo se ubica en la ruta de conventos agustinos que empezaron a construirse en Ocuilco en 1533. Caminamos por las calles de Jonacatepec, donde también observamos muchos daños, aunque menos que en Tlayacapan. Llegamos en los días de las fiestas de san Miguel y una señora, junto con su marido e hijo, vendían pericón, que recogen cerca de su casa, un poco alejada de la población central. Platicamos con ella y nos contó del “susto del temblor” y de cómo “nunca antes se había sentido así”. La señora pensaba que el temblor fue culpa del nuevo presidente de Estados Unidos de América, quien odia tanto a México; nos dijo: “Seguro que anda mandando cohetes que hacen que se provoquen estos temblores”.

El conjunto conventual de esta población también presentaba daños fuertes, sobre todo en algunas paredes. Un grupo de señoras que tienen sus viviendas cerca de este monumento histórico nos preguntaron si éramos del INAH y les respondimos que sí —¿será que nuestra vestimenta, actitud o apariencia nos hace ver como “del INAH”?—. Nos comentaron que no habían llegado arquitectos ni

restauradores para evaluar los daños de las casas. Les explicamos que se estaba haciendo todo lo posible, que eran muchas las viviendas que presentaban problemas, pero que de seguro serían atendidas en los próximos días.

De las localidades que visitamos, Tepalcingo es la que registró los daños más severos en la arquitectura. Todas las iglesias del pueblo, coloniales y de los siglos XIX o XX tienen cuarteaduras y están cerradas; así lo constatamos cuando visitamos las iglesias de la Santa Cruz, de Guadalupe, de San Martín, de San Francisco y de La Concepción. Caminamos hacia su santuario que, según leímos antes de llegar, reviste una gran importancia, ya que durante la Cuaresma, y sobre todo en Semana Santa, las procesiones llegan desde muchos puntos de la República mexicana y de Estados Unidos de América.

Ver de cerca la iglesia de Jesús Nazareno resultó impactante. La fachada es una de las más hermosas de México, con una gran riqueza escultórica y una serie de retablos. El remate del templo está formado por tres cruces con Jesús al centro, flanqueado por dos santos. La fachada es una cavidad repleta de figuras y columnas que cambian sus dimensiones o se contorsionan para envolver a las primeras. Alguien nos dijo que la fachada entera se encuentra hecha de argamasa, la cual se fue modelando para dar esa riqueza de figuras y ornamentos. Ahora la mitad yace en el atrio y resulta casi imposible descifrar lo que nos contaron. No conocíamos esta iglesia. De pie ante las puertas cerradas y las bardas derruidas, contemplamos su fachada con admiración y tristeza.

En la plaza central estaba el albergue, un centro de acopio relativamente grande y bien surtido con medicamentos y comida. Ahí había presencia de brigadas de salud, del ejército y la policía federal. También allí la población civil se había organizado para la limpieza de escombros y era curioso observar en las casas letreros pegados que agradecían la ayuda que se le estaba dando al pueblo.

Las opiniones sobre los severos daños de la iglesia eran contradictorias. Algunas personas decían que se debería demoler el santuario y construir una nueva iglesia, pero otras muchas argumentaban que debía restaurarse el templo, aunque manifestaron su preocupación en cuanto a si habría manera de hacerlo.

A menos de dos cuerdas hay otra iglesia que parece del siglo XIX, tal vez el templo de la hacienda que hace muchos años dominó la región. Sin embargo, llamó nuestra atención la cúpula a punto de caerse. Movida de su centro, ésta descansaba sobre la parte alta del edificio y enormes grietas cruzaban los lados opuestos de la bóveda. Había dos personas en el atrio que nos miraron e hicieron un gesto que denotaba un “ya ven lo que pasó”. Nos acercamos con más confianza y nos dijeron que eran los mayordomos que cuidaban el lugar. Después de platicar un rato, nos preguntaron si queríamos ver la iglesia por dentro; por supuesto, les dijimos que sí. Caminamos hasta una pequeña puerta en la sacristía y al cruzarla nos encontramos bajo la bóveda a punto de caer. La luz del sol entraba por las grietas, formando líneas caprichosas en el suelo vacío. Toda la iglesia estaba desprovista de mobiliario: sin bancas, sin imágenes, sin veladoras, sin flores; sólo había cerros de polvo acumulado en los rincones, y el altar en pedazos denotaba una frialdad incomprensible. Las iglesias son el espacio del silencio, pero aquí el vacío y el polvo que flotaba en el aire, así como las puertas cerradas y el peligro



Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

de un derrumbe, hacían del silencio algo pesado y perturbador. Nadie habló mientras estuvimos dentro y salimos casi con prisa de reanudar las voces.

Caminamos por las calles limpias y regadas, con muros derruidos que dejaron al descubierto cocinas y recámaras. En una casa, la sala era un patio exterior. La gente salía a las calles; apenas nos veían; se quejaban y pedían ayuda.

Se dice que muchos manantiales sulfurosos y de aguas termales se secaron debido a las profundas grietas: Agua Hedionda en Cuautla, Apotla en Puente de Ixtla, San Ramón y Palo Bolero en Xochitepec.

También los daños fueron cuantiosos en Tepoztlán, sobre todo en el convento de La Natividad, construido en el siglo *xvi*. No obstante, en la población no se observaba el ambiente de emergencia y desolación que observamos en las otras comunidades. Nos comentaron que habían sido muy prudentes durante las fiestas de san Miguel y que prohibieron que “se echaran cuetes” para evitar más daños en los templos y capillas.

Después del recorrido, consideramos indispensable que el INAH desarrolle un protocolo que ayude a orientar las gestiones, las actividades y los apoyos ante los desastres naturales. Nos damos cuenta de que falta divulgar información acerca de las funciones del INAH y los procedimientos que deben llevarse a cabo ante desastres de esta magnitud.



Jonacatepec, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

Las secuelas del sismo del 19 de septiembre de 2017, que dejaron casi 2000 edificios históricos con daños severos y menores, son sin duda el mayor desastre que ha enfrentado el instituto. No sólo los edificios, casas y templos fueron dañados, también los bienes inmuebles: esculturas, pinturas, retablos destruidos y recogidos por los mayordomos o las cofradías para resguardarlos. Los archivos también corren riesgo, y de igual forma las casas de arquitectura vernácula que le dan sentido y pertenencia a las poblaciones de Morelos.

El INAH tiene varios retos, y su comunidad de antropólogos también. Construir protocolos y difundirlos es la tarea de los organismos de gobierno. Hoy es necesario informar por qué demoler el patrimonio dañado no es una solución, sino la destrucción de nuestro pasado, de nuestra memoria, de nuestra historia.

Entre otros muchos desafíos, los antropólogos del INAH necesitamos coadyuvar para dar a conocer la importancia y el valor del patrimonio cultural y divulgar los mecanismos para su custodia y salvaguardia en caso de desastres naturales como los sismos o de cualquier otra índole.

La gente platica del miedo que sintió cuando el terremoto empezó a hacer tambalear escaleras y paredes. Muchos piensan que los vecinos y los familiares son más activos que las autoridades y se involucran con rapidez en la ayuda. Hacer algo en forma completamente desinteresada por otra persona, ayudar en situaciones de crisis, es una reacción humana característica: nos ponemos de in-



Paredes de Jonacatepec, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

mediato en los zapatos del otro; compartimos su miedo y su dolor. Sin embargo, la solidaridad se acaba pronto; no es una manifestación sostenida, y las instituciones gubernamentales están obligadas a hacerse cargo de la situación. Se comenta que desde el terremoto de 1985 hasta la fecha se ha avanzado mucho en los protocolos de seguridad; puede ser, pero faltan más estrategias de acción y respuesta inmediata.

Sabemos que los terremotos no se pueden prevenir, pero también que las sociedades que habitan en lugares donde continuamente hay sismos deben estar mejor preparadas y con protocolos más claros para actuar en caso de emergencia. El INAH tiene el mandato de la investigación, divulgación y salvaguardia del patrimonio cultural, no sólo monumental, sino también del vivo que se crea y se recrea cotidianamente, constantemente; es decir, del diverso y valioso patrimonio que se ha formado por siglos, que es parte de nuestro presente y que tenemos la obligación de seguir cuidando para futuras generaciones.